

¡Un dios que no sufre por la humanidad!
¿Qué golpes ha recibido usted, Mr. Jaurés,
en esta huelga? ¿Qué privaciones ha sufrido?
¿En qué cárcel húmeda ha estado usted
preso?

...Un dios tan generoso, que vive sólo en
su paraíso, sin confiar a nadie la combina-
ción alfabética de su caja de caudales.

Y a un sacerdote pobre, desconocido, de
sotana raída, de nombre ignorado, debe el
obrero despedido haber vuelto al trabajo y
haber recuperado pedazos de pan perdido...

Y entretanto Mr. Jaurés habla... habla en
la Cámara...

PIERRE L'ERMITE.

El terror de los barberos

Erase un inglés residente en una de las
ciudades del Mediodía de España, y terror
de los mancebos barberos, porque era capaz
de matar al que le hubiese dejado un pelo
o hecho el más leve corte. Pagaba muy bien,
y al maestro le dolía perder tal parroquiano;
pero ningún oficial quería ir a afeitarse al
inglés.

—Yo me encargaré—dijo un mancebo
recién llegado de Sevilla:—ya verán uste-
des como yo le afeito del modo que me dé la
gana.

Preséntase en casa del inglés, y éste, al
ver al nuevo barbero, mozo de gran talla,
esbulto, y con aquel aire que da el haber
corrido tierras, le preguntó:

—¿Ya sabe usted que es difícil afeitarme
bien?

—Lo sé; pero sepa su merced que soy yo
más diestro que su merced difícil. ¡Al avío,
al avío!

Y sin darle tiempo para más, le planta el
paño de afeitarse, le remoja con todo garbo,
saca sus navajas, las pasa magistralmente
por la correa, y empieza a vibrar la navaja
con su igual finura. Pero a cada paso se
detenia el mancebo y alzaba los ojos al
cielo, cual si pidiese a Dios alguna gracia
especial.

—¿Qué diablos está usted mirando?—le
preguntó el inglés.—¿Está usted orando
mientras afeitase?

—Señor, la oración es buena en todo
tiempo.

—Ya; pero ahora bien puede usted de-
jarlo para después que me haya usted
afeitado.

—¡Oh! no, señor; es preciso orar cuando
uno lo necesita.

—Pero ¿qué urgencia tiene usted para
rogar a Dios?

—Puesto que su merced se empeña, voy a
confesárselo: me asaltan violentas tenta-
ciones de cortarle a su merced el pescuezo,
y ruego a Dios que aparte de mí semejante
tentación...

—¡Goddam!—gritó el inglés, levantándose
entre enfurecido y asustado—¡salga usted
corriendo por la puerta, si no quiere usted
que lo eche por la ventana!

—Cálmese su merced—le dijo tranquila-
mente el mancebo sevillano;—ya he ve-
cido la tentación, ya puedo afeitarse a su
merced sin peligro.

—Gracias, gracias... pero no se acerque
usted a mí, porque si no, le mato...

—¡Qué me ha de matar su merced a mí!...
Vamos, siéntese su merced; ¡no repara su
merced que todavía no le he afeitado más
que un carrillo!

—Lo mismo da: vaya usted enhoramala, y
no parezca más por esta casa.

De vuelta a la suya, dijo el mancebo al
maestro:

—Ese *anglés*, que no podía sufrir que le
dejasen un pelo, habrá variado de carácter,
porque no ha tenido inconveniente en que
le dejara media barba.

Contó el lance a los de la barbería, y con-
cluyó:

—¿No les dije a ustedes que yo le afeitaba
del modo que me diese la gana?

ARGOS.

La buena Maestra

(HISTORICO)

(En un taller de costura)

I

—Maestra, suena el timbre.

—¿Quién será?

—Mari, corre a decirnos quién
llama. Si es alguna señora, pásala al
recibidor; y no te olvides de saludarla.

—Sra. Maestra: la Marquesa de X...
que la espera.

—Voy; estad quietas, no hagáis
ruido.

II

—Sra. Marquesa...

—Buenos días; venía con objeto de
que me hiciera V. dos trajes «Kodak»;
traigo el figurín, me gusta traerlo, ya
sabe V. que soy muy caprichosa. Necesito los trajes para pasado ma-
ñana, me son imprescindibles; dígame
con franqueza si puede hacerlos. No
regateo el precio, pero, eso sí, deseo
ser servida con puntualidad.

—Sra. Marquesa, no es posible...

—Bien, entonces... iré a otro taller.

—Permítame, señora. Si accedo a
su petición las oficialas a mis órdenes,
tendrán que trasnochar...

—Por una vez... que trasnochen.
En cambio, con su permiso, me per-
mito pagarlas doble del jornal que
V. las dé. Conque trato hecho, ¿ver-
dad?

—Señora, no se trata del jornal. Es
preferible que sólo ganen el pobre
sueldo que yo en conciencia puedo
darles, antes que malgasten su salud...

—Por una vez... Exagera usted
Maestra.

—Marquesa: Yo he sido aprendiz,
yo he pasado por las torturas de *la
vela* siendo oficiala y, conozco con
triste experiencia, cuán nocivas y des-
agradables y dolorosas son esas horas
de febril actividad, en que la aguja
corre veloz y la cansada vista se es-
fuerza por seguir la trama casi invi-
sible de la delicada tela.

—Escucho Maestra, continuad.

—No, no es el mayor jornal lo que
yo, con preferencia a todo, anhelo
para mis oficialas, mis aprendizas.
Todas son hijas de familia. Todas tie-
nen una madre que cariñosa las
aguarda impaciente y es preciso no
echen de falta su hogar estas jóvenes,
que son el legítimo orgullo de sus
padres.

Con el trasnoche sus delicadas na-
turalezas se resienten, dañan sus
pulmones, se cansa su vista, la inte-
ligencia se atrofia, se excitan en de-
masía sus nervios... Señora, yo no
quiero hacerme rea de un crimen que,
anatematizaba de joven, cuando cosía
y bordaba en el obrador de mi Maes-
tra.

—La creía a V. más razonable.

Necesito esos trajes, para pasado ma-
ñana. Considere V... y sea más razo-
nable.

—Sra. Marquesa...

—No, no, no se moleste. Iré donde
otra modista.

—Mañana es Domingo...

—En todo halla V. obstáculos. ¡Do-
mingo!

—...día consagrado al Señor. Mar-
quesa: las leyes humanas prohíben
todo trabajo en ese día; yo no puedo
conculcarlas, y aunque pudiera, me lo
impiden Dios y mi conciencia.

—Si tanto escrúpulo otras modistas
lo hacen.

—Bien lo sé; por desgracia es cierto
y sin embargo, no concibo cómo pue-
den darse estas ridículas órdenes:
«Vendréis mañana domingo, de una
en una; que nadie lo sepa, que no
puedan sospechar que trabajamos».
«Si se sabe, pagaré la multa, pero de
vuestro pellejo saldrán las correas».
¡Cuánta infamia! ¿No se subleba la no-
bleza de vuestra alma ante tamaña
injusticia? Dispénsame, señora Mar-
quesa, pero, ¿consentiría V. en ha-
cerse cómplice de esta maldad?

—Usted exagera, exagera mucho;
no lo dicen así.

—Con estas mismas palabras, tal
vez no, pero lo hacen.

—Dejémonos de conversación. ¿Me
cose V. los trajes?

—Imposible...

—Pues ha perdido V. una parro-
quiana.

—Lo siento, pero primero son Dios
y mi conciencia.

—¡Intransigente!...

—Dios la guarde, señora Marquesa.

JOSÉ E. MARQUÍNEZ.

De la Juventud Sindicalista
de Bilbao.

«LA SERPIENTE»

(Poesía original del seminarista salman-
tino D. Miguel Rodríguez Seisdedos, miem-
bro de la Real Academia Gallega de Escri-
tores Laureados, presentada al Tema II del
VIII Certamen Periodístico «Ora et Labora»
y a la que se concedió un Premio de Honor
consistente en conservarla inédita hasta el
29 de Junio de 1916, enviando ejemplares
previamente, a las Juntas organizadoras
del «Día de la Prensa Católica» para que
sin perder su novedad pueda ser leída
simultáneamente en un sinnúmero de actos
literarios de los que se celebrarán ese día en
toda España.)

¡Vedla! ¡Vedla!... Es la serpiente,
la serpiente sanguinaria,
la serpiente venenosa,
que se arrastra... que se arrastra
sobre el cieno nauseabundo
con la boca repugnante y dilatada,
con los ojos penetrantes y encendidos,
con la piel resbaladiza verde y blanca...
¡Vedla! ¡Vedla!... Sigilosa
atravesaba las montañas,
atravesaba los desiertos,
ríos pasa,
cruza bosques,
vientos rasga,
cruza mares,

valles cruza, abismos salva,
y penetra en los palacios,
y penetra en las cabañas...
Y en las manos del obrero,
y en las manos del monarca,
y en las manos del artista,
y en las manos de la dama,
y en las manos del soldado,
y en las manos de la niña pura y casta
vierte el cárdeno veneno
de su boca emponzoñada...
¡Vedla! ¡Vedla cómo mira,
cómo corre, cómo avanza,
cómo silba, cómo ríe,
cómo ondula, cómo salta,
cómo acecha, cómo envuelve,
cómo aprieta, cómo muerde, cómo mata!...

¡No es la trágica serpiente gigantesca
que, a los árboles añejos abrazada,
pasa días esperando al caminante,
que atraviesa la espesura solitaria,
para rápida estrecharle entre sus lazos
y en las sombras de la selva retirada
sin testigos que lo eviten,
devorar sus carnes blancas!...
¡Es la fétida serpiente de la Prensa,
de la prensa impía y mala,
que es peor que las serpientes de los bosques,
más traidora, más astuta, más dañina, más
avara
de la sangre de sus víctimas humildes,
de la sangre de sus víctimas incautas!...
Es su boca una caverna de venenos,
son sus ojos dos saetas aguzadas,
y su cuerpo serpeante y ponzoñoso
el acero de un puñal, no de una espada...

¡Vedla! ¡Vedla cómo busca en los rosales
del jardín florido y fresco de la Patria
las más puras de las rosas, para en ellas
derramar el cieno inmundo de su baba!...
Se disfraza con vellones de cordero,
con plumajes de paloma se disfraza,
y se cubre con la túnica del ángel,
y en los hombros se coloca las dos alas,
y fascina como a un ave al mundo entero
con el mágico fulgor de su mirada,
y pretende con su aliento repulsivo
corromper el aire puro de mi España,
de esta España a quien adoro con locura,
de esta España legendaria,
de esta España generosa,
que sembrando fué de hazañas
la redonda faz del globo
con la Cruz y con la espada.
¡Oh país de mis amores,
blanda cuna de mi infancia;
madre pura, que me mece;
ave dulce, que me canta;
ángel santo, que me vela;
claro sol, que en luz me baña;
pallio azul, que me cobija;
lirio, que de olor me embriaga;
nave, que me lleva al puerto;
manantial, que mi sed sacia;
jardín de mis ilusiones;
huerto de mis esperanzas;
fuente de mis alegrías;
arroyuelo de mis ansias;
engendradora de pueblos;
conquistadora de mapas;
predicadora de infieles;
enjugadora de lágrimas;
luz del cielo; voz del mudo;
fuego que incendia mi alma;
cántico que me recrea;
perfume, que me regala;
mi consuelo, mi entusiasmo,
mi vida, mi amor, mi Patria!...
Madre mía, madre mía,
¡quién pensara, quién pensara
en tus tiempos de grandeza,
cuando indómitos cruzaban
tus valientes escuadrones
las tierras americanas
y los mares encrespados
con la espada levantada
y la espléndida bandera,
la bandera roja y gualda,
ondalando victoriosa
en el azul de las auras,
que por un... reptil inmundo
ibas a verte humillada!...

¡Levantad, magnos guerreros,
orgullo de nuestra raza,
que reposáis en el fondo
de las tumbas olvidadas!...
¡Levántate, Carlos V!
¡Levántate, Duque de Alba!
¡Despiértate ya, Pelayo!
¡Despiértate ya, Juan de Austria!
¡Sal de la tumba, Farnesio!
¡Magno Rodrigo, levántate!
¡Surgid, oh nobles varones,
empuñad la fina espada
y acabad con la serpiente,
que está envenenando a España!...
¡Españoles, españoles,
los que amáis de corazón a vuestra Patria,
y queréis mirarla libre de peligros,
y queréis mirarla sana,
y queréis mirarla fuerte,
y queréis mirarla sabia,
y queréis mirarla rica,
y queréis que predomine en todo el mapa,
convertíos en soldados,
en soldados de la Prensa inmaculada;
de la Prensa, que no vende su conciencia;
de la Prensa, noble y santa,
de la Prensa, que no escupe;
de la Prensa, que no engaña;
de la Prensa, que no tizna;
de la Prensa, que no ultraja;
de la Prensa, que no enloda;
de la Prensa, que no daña;
de la Prensa, que no hiere;
de la Prensa, que no mata!...
¡Empuñemos, compañeros,
empuñemos nuestra espada.
nuestra espada, que es la pluma
y salgamos a campaña!...
Si en el campo perecemos, ¿qué más gloria
que morir por Jesucristo y por la Patria?...
¡A la lucha!... La serpiente nos espera.
¡A la lid!... El enemigo nos aguarda.
¡Al combate, compañeros!
¡Viva Cristo!... ¡Viva España!...

Charla

—¿Trabajas ya?

—Sí, al fin volvieron a admitirme.
Bien creí que quedaba despedido por
andar *jugando* a las huelgas, pero...
pasó la nube, gracias a no se quién.

—A las sociedades de resistencia,
tan *celosas* de vuestro bienestar.

—¿A esas?... Mire usted, para que
entre nosotros los obreros hubiera la
paz y el bienestar que había antes, era
preciso que de esas sociedades no
quedase piedra sobre piedra. Sólo
sirven para volvernos locos y para
que a su sombra se luzcan cuatro par-
lanchines y hagan su negocio redondo
más de uno que yo me sé.

—Pero tú seguirás perteneciendo a
ellas...

—Hombre... de no hacerlo así ¡po-
bre de mí!

—Viva la libertad.

—Y la tiranía de la alpargata.

—La peor de las tiranías. Veamos
lo positivo ¿qué ganásteis con la
huelga pasada?

—¿Qué perdimos querrá usted decir.
Demos gracias a Dios que nos vol-
vieron a admitir y aquí se acabó el
manejo.

—¿Crees tú que el patrono no se
fijará en los que son buenos obreros y
en los que son levantiscos?... ¿En los
que miran por sus intereses y en los
que no pierden ocasión de perjudi-
carlo?

—Desde luego, ellos como nosotros
han de mirar por sus bienes.

—Es muy natural. El instinto de
conservación es muy fuerte. Yo lo
que te digo que las huelgas son ya un
mal endémico de las industrias y por
tanto el *oficio* de patrono es *oficio* de
héroes. Todas las responsabilidades
van sobre él; de poco le sirve ser
bueno con sus obreros, llega un día
que esos mismos obreros, por solida-
ridad con otros puestos en huelga
también, dejan el trabajo sin mirar
si causan o no graves perjuicios al
patrono y aun cuando éste haya aca-
bado de concederles grandes mejoras,
y luego, cuando les venga en gana a
los huelguistas acordarán volver al tra-
bajo; ¡cuidado entonces con que el pa-
trono chiste nitrate de hacer una limpia
en su fábrica, porque se armaría otro
zipizape, y ciertas sociedades obreras
que necesitan vivir como los vampi-
ros no lo consentirán.

—Verdaderamente que nuestra si-
tuación no es próspera, ni de envidiar
siquiera; pero que con el pretexto de
nuestras necesidades se cometen mu-
chos abusos también es cierto.

—Como cierto y vergonzoso es
que unos pocos charlatanes, levantis-
cos y vagos de profesión, descarada-
mente manejan a grandes masas de
obreros honrados y laboriosos. El
hombre es un ser dotado de razón,
de inteligencia y si usase debidamente
de estas hermosas dotes con que Dios
le ha enriquecido, no se verían esos
espectáculos denigrantes que a cada
paso tenemos que lamentar. Todo lo
hemos de resolver como las bestias,
por la fuerza, por el choque bruto,
por los gritos salvajes. En los conflic-
tos obreros, que dados los diferentes
modos de pensar en los hombres
puede haberlos, debe acudirse a un
tribunal mixto de obreros y patronos,
personas de parte y parte competen-
tes en la cuestión que se ventile, y no
sólo competentes sino de recta con-
ciencia (esto escasea!) libres de pre-
juicios de secta, (esto abunda) de
compromisos de bandería, de influen-
cias extrañas!... fíjate bien, de in-
fluencias extrañas. ¿No has observado
que en muchos de vuestros conflictos
se meten a embarullarlos agentes que
ni son obreros ni de vuestra profe-
sión?

—Ah, sí... son los caciques que
tenemos que mantener a sueldo, por
fuerza.

—Son los que debieran vivir muy
lejos de vosotros para que os fuese
bien. Mientras tengáis esa zizana en
vuestras heredades no habrá cosecha
sana y limpia. La historia no es de
hoy solo, viene repitiéndose desde
muy antiguo. Fíjate en las disposi-
ciones de la autoridad cuando quiere
restablecer el orden, alterado por los
manejos socialistas o anarquistas.
Clausura de las sociedades obreras
de esta índole.

—Y clausura de las tabernas y prohibición de bebidas alcohólicas, como se hizo ahora poco.

—¡Las bebidas! Esas os trastornan por completo y os llevan la mayor parte del dinero que se precisa en vuestros hogares. En un sábado y un domingo no eres el pacífico obrero de los demás días.

—Tiene razón. Parece que me atrevo a todo por malo que sea.

—Podrías ser un obrero digno y hasta acomodado con el buen criterio que tienes y lo bien que trabajas, pero...

—No siga, ni siga, por Dios. Veré de combatir esa mala voluntad que me domina cuando cobro los sábados.

—Muy apropiado a esto que hablamos viene lo que dice este periódico; toma, léelo detenidamente:

Una ley contra el alcohol

SUS CONSECUENCIAS BIENHECHORAS

El periodista francés Juan Cruppi realizó no hace mucho un viaje a Rusia, y relata en *Le Matin* los efectos de la ley que prohibió la venta del alcohol.

Según las estadísticas, el alcohol causaba en Rusia, antes de su prohibición, más de 200.000 muertes, sin contar los millares de defunciones determinadas por el veneno.

Resultado de una encuesta obrera que los panaderos, en una ciudad del Cáucaso, gastaban en alcohol el 39 por 100 de sus salarios.

Desde los diez años los niños empezaban a beber; una aldea rusa gastaba, término medio, de treinta a cuarenta mil rublos en *vodka*, o sea de cuatro a cinco rublos por habitante.

En vano gente bien intencionada trataba

de oponerse a esta danza macabra. Fundaba escuelas, estimando que la instrucción y la sobriedad son hermanas; pero sus discípulos aprendían a beber antes que a leer y contar. Multiplicaba las sociedades de temperancia, análogas a las que tanto éxito han tenido en los países escandinavos. ¡Trabajo inútil! Por más que esas sociedades aumentasen sus gastos: 206.600 rublos en 1893, 4.750.000 en 1914, el furor del alcohol aumenta a la par.

Era preciso un gran golpe, una revolución, la cual fué producida por el edicto contra el alcohol.

Una reforma así, sin embargo, no entra en las costumbres sin algunos tropiezos, por rudas que sean las penalidades. Pero la interdicción cuenta con un agente ardiente y celoso en extremo, que es la mujer rusa. Esta, en cuanto vió que el dinero quedaba en casa y que el marido, privado de la *vodka*, economizaba, se mostró encantada.

Pronto se elevó el ahorro a tal punto que fué a imponer en los depósitos públicos, en un mes, más de lo que depositaba en un año antes de la medida libertadora.

Hoy los obreros de Petrogrado y de Moscú mandan dinero a sus familias que quedaron en la aldea, cosa que antes casi nunca sucedía. Porque la derrota del alcohol no sólo ha tenido felices resultados financieros, sino que su efecto moral también es inmenso.

Se ha observado que los incendios, tan frecuentes cada año en las aldeas de madera, de Rusia, han disminuido por todas partes desde la abolición, y en la gobernación de Tohernigoff, especialmente el cuarenta y cuatro por ciento.

Además, ahora es preciso llenar con alguna ocupación las horas libres que antes se dedicaban a la taberna, y en todas partes se forman bibliotecas, salas de lectura y Casas del Pueblo.

«La *vodka*, decíase antes en las aldeas, es más fuerte que un campesino: es una serpiente que ahoga a quien ha enroscado.»

Pero, muerta la bestia, se acabó el veneno.

¿Te vas enterando de cuántos ene-

migos tiene el obrero?

—Sí, y los peores el socialismo y el alcohol.

—Conocidos ya, presérvate de ellos o serás, como muchos otros, hombre perdido.

La crónica del «Día de la Prensa»

El *Boletín del Arzobispado* de Sevilla acaba de publicar un número extraordinario dedicado a dar una idea de la celebración del «Día de la Prensa Católica» en toda España.

Más de cuarenta páginas ocupan los resúmenes de todas y cada una de las Diócesis, dando la totalidad de las reseñas una visión de conjunto en extremo satisfactoria.

Este trabajo, realizado por el Centro «Ora et Labora» a los diez días de haberse celebrado la Fiesta, será la base de la CRÓNICA GENERAL DEL PRIMER DÍA DE LA PRENSA CATÓLICA EN ESPAÑA, que ha de publicarse y para la cual tanto las Juntas Diocesanas como las Locales, los organizadores, las mismas publicaciones católicas y los entusiastas de la Buena Prensa pueden enviar a la Junta Central (*San Isidoro, 14, Sevilla*) cuantos datos, impresos, circulares, carteles, periódicos y revistas, crónicas locales, etc., puedan contribuir a que resulte más completa.

Correspondencia administrativa

Sra. D.^a T. C.—La Felguera.—Pagó fin 1916.

C. S. V. de P.—Infiesto.—I. fin Julio 1917.

Sr. D. J. G. C.—C.—Recibida su limosna de 1,80 ptas. tanto más de agradecer cuanto que conocemos lo apurado de su situación.

Sr. D. M. G. R.—Oviedo.—Recibida su liquidación y *añadidura*. Gracias por todo, excelente amigo y protector.

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

Dr. Calisto de Rato y Roces

Especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Consulta mañana y tarde.

Corrida, 63, Gijón.

Talleres de Construcción y Reparación
de Maquinaria de

Saez, Pérez y Compañía

Barrio del Tejedor, Teléf. 453.—Gijón

Material completo para panaderías, chocolaterías y fábricas de curtidos. Fundición de bronce de todas clases, Robinería, Reparaciones de buques y maquinaria general.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

:: MAURO ENTRIALGO ::

Agente de Negocios, matriculado

Gestión y despacho de toda clase de asuntos en las Oficinas públicas de toda España. Administración y compra-venta de fincas. Préstamos hipotecarios. Seriedad, actividad y reserva absoluta.

Despacho: San Bernardo, 96.—GIJÓN

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

Calle de la Canuda, núm. 9.—BARCELONA

Csullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y púnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

FUNERARIA DE

Mijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—